

RETIRO: “ID A GALILEA, ALLÍ ME VERÉIS” – Patricia Noya

"No tengáis miedo: id a comunicar a mis hermanos que vayan Galilea; allí me verán" (Mt 28, 10)

ID Y ANUNCIAD

Id y anunciad por el mundo
la buena nueva de Dios
y entenderéis lo que os quise decir,
que el Reino comienza aquí.

Y si os amáis de verdad,
y dais cobijo al más pobre,
quien podrá contra vosotros
y vuestras obras condene.

Sed luz que alumbra en lo alto,
sembrad la tierra de amor,
sed mensajeros que anuncien
la buena nueva de Dios.

Sed del mundo la sal,
del mundo la luz,
del mundo el amor.

*"Y les dijo: Id por todo el mundo
y proclamad la Buena Nueva a toda la creación."
Mc 16. 15*

VER:

Para comenzar este tiempo de retiro, vamos a imaginar que tenemos que emprender un viaje.

Si voy a ir a un sitio que conozco, ¿qué hago, cómo me preparo?, ¿cuáles son mis sentimientos previos?

Y si voy a ir a un sitio que desconozco, ¿qué hago, cómo me preparo?, ¿cuáles son mis sentimientos previos?

Y después de reflexionar acerca de esto, imaginemos que volvemos de ese viaje: ¿cómo me siento al “volver a casa”?

JUZGAR:

En el asombro temeroso y gozoso a la vez, incluso incrédulo quizá, de la mañana de Pascua, los evangelistas nos presentan relatos, testimonios, tradiciones diferentes. Eso sí, todos coinciden en la aparición del ángel, o los ángeles, a las mujeres. Y tanto Mateo como Marcos -Lucas lo omite conscientemente-, con un mensaje explícito para sus discípulos: ese "id a Galilea" que hoy recogemos, como hilo conductor de este retiro¹.

La propuesta que traemos a este retiro es la de acompañar a los discípulos en ese camino. Parece sencillo, pero a lo mejor nos llevamos alguna sorpresa. Porque, al intentar programar el GPS de nuestro espíritu, ¿qué indicaciones le damos? Realmente, ¿qué es Galilea, y dónde está?

¹ Mt 28,7; Mc 16,7.

En este rato de oración vamos a recorrer cuatro “Galileas”. Es sencillamente una invitación a hacer un viaje. Es fácil, simplemente cerramos los ojos y abrimos el corazón. Y debemos tener presente una cosa: no podemos olvidar que a Galilea, en realidad, no vamos: volvemos. Siempre volvemos. Y, lo más importante... Él nos precede.

1. GALILEA: EL PRIMER AMOR

Hch 10, 37:

Conocéis lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo, aunque la cosa empezó en Galilea.

La cosa empezó en Galilea. Aquí, es, en efecto, donde empezó todo. Aquí creció Jesús, aquí se configuró como hombre, en un pueblecito de la Baja Galilea, entre viñedos y olivares. Aquí llamó a sus primeros discípulos, limpió leprosos, hizo andar a los cojos, devolvió la vista a los ciegos, resucitó a muertos... aquí, "recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas y proclamando el Evangelio del Reino, curando las enfermedades y dolencias del pueblo"². Aquí llenó de esperanza los corazones.

Galilea es el tiempo y el lugar de la primera llamada, de la ilusión pura, del corazón ardiente. En Galilea lo dejamos todo y le seguimos. Como Pedro, María Magdalena, Juan, Susana, Andrés, Santiago, Juana, Salomé...

Volver a Galilea es volver al asombro de aquel comienzo; a la inocencia temblorosa del primer amor, sepultado con el tiempo debajo de tantos otros requerimientos, urgencias, responsabilidades... o simplemente decepciones, cansancios, capas y más capas, finísimas e insidiosas, del polvo sutil de la rutina, acumulado inadvertidamente en los largos años de “servicios prestados”.

Porque nosotros hemos trabajado mucho, qué duda cabe. Bastante bien, en la mayoría de los casos. Y sin duda, el día que rindamos cuentas, en el supuesto de que tengamos que hacerlo, muchos de nosotros presentaremos una abultada hoja de servicios. No impecable, desde luego, pero razonablemente aceptable. Supliremos la calidad por la cantidad.

Sí, quizá nos presentemos a ese hipotético examen final con nuestro resplandeciente balance, y nos pase lo que cuenta el Apocalipsis que le sucedió al ángel de la iglesia de Éfeso, admirable por otra parte: Conozco tus obras, tu fatiga y tu aguante; [...] eres tenaz, has sufrido por mí sin desfallecer; pero tengo en contra tuya que has abandonado el amor primero.³

Id a Galilea. No como reproche o mandato, sino como nueva oportunidad, como lugar de encuentro, como cita de amor. En este retiro, Galilea es para nosotros, otra vez, nuestra hora décima⁴. La más luminosa, la más bella, la mejor de nuestra vida. Aquella a la que queremos, y debemos, regresar siempre.

Para la reflexión:

- ¿Cuál es mi “Galilea” personal? ¿Cómo y cuándo conocí al Señor?
- ¿Qué recuerdo de aquellos tiempos?

² Mt 4,23.

³ Ap 2,3-4.

⁴ Jn 1,39.

2. VOLVER A LA PROPIA TIERRA

Mc 14, 70:

Seguro que eres uno de ellos, pues eres galileo.

Para aquellos primeros discípulos, el mandato de ir a Galilea supone mucho más que emprender un viaje. Es un regreso a casa. **Te delata tu acento**, le dicen a Pedro en casa del Sumo Sacerdote. El fuerte acento de los galileos era reconocido por los judíos de Jerusalén. Era el acento de Jesús, el galileo.

Volver a Galilea, a los caminos conocidos, a las verdes colinas... dejar atrás la áspera Judea, la hostil Samaría, respirar otra vez la brisa del lago, saludar a los amigos, abrazar a los seres queridos... después de tanta fatiga, de tanto dolor, de tanto miedo... dejar atrás Jerusalén, la implacable, la que mata a los profetas, la de las horas amargas.

Ir a Galilea es pues, claramente, regresar, y una parte de nosotros lo desea, y siente lo que el salmista llamó “entrar en el descanso”.⁵

Pero volver a casa no siempre es fácil. Y si no, que se lo pregunten a Jesús, a quien no se puede decir que recibieran bien a su regreso a Nazaret:

La gente decía: “¿De dónde saca este esa sabiduría y esos milagros? ¿No es el hijo del carpintero? ¿No es su madre María y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? ¿No viven aquí todas sus hermanas? Entonces, ¿de dónde saca todo eso?” Y desconfiaban de él.⁶

Solo en su tierra y en su casa desprecian a un profeta.⁷ Lo dice él, Jesús, el profeta, y lo dice con más asombro que amargura. Y aunque nosotros, lamentablemente, no siempre hayamos ejercido en nuestro discipulado esa condición profética, sí sentimos, a veces con mucha intensidad, el temor de volver a la propia vida.

Porque en la “propia tierra” no sólo nos encontramos con los viejos amigos: a veces, agazapados en la sombra, nos esperan también nuestros viejos enemigos. Aquellos que nos decían, y nos siguen diciendo, cosas como esta: “¿Lo ves?, eres la misma, el mismo... no has cambiado, ni cambiarás; te conozco bien: muchos propósitos, muchas promesas, muchas buenas intenciones, y luego siempre igual. A otros engañarás, a mí no. Mira tu vida, aquí lo tengo todo anotado: error tras error, fracaso tras fracaso. No, tú no eres de fiar...”.

Esos viejos fantasmas, a veces insufribles, que nos hablan con nuestra propia voz, llenos de razón y aplastante coherencia, nos hacen muy difícil el camino de vuelta a casa, a la propia historia. Sí, a esa de la que nos gustaría arrancar algunas páginas, algunos nombres... incluso, capítulos enteros.

Pero si arrancásemos esas páginas, nombres, capítulos... correríamos el riesgo de que entonces, probablemente, nuestra vida actual ya no se entendería.

Por eso, no podemos volver solos. Por eso Cristo Resucitado nos precede y acompaña.

Pero, cuando resucite, iré delante de vosotros a Galilea.⁸ El “iré delante de vosotros” sigue siendo hoy, para cada uno, memorial y promesa. Que el Resucitado, que antes nos sacó de nuestra vida programada y nos lanzó a los caminos, nos preceda y nos espere en nuestra propia casa, en nuestra propia historia, es, además de consolador, desconcertante.

⁵ cf. Sal 94.

⁶ Mt 13,54b-57a.

⁷ Mt 13,57b.

⁸ Mc 14,28.

Y, al mismo tiempo, participa de la lógica nueva, dinámica, iniciada con la Pascua. El mismo impulso que nos sacó un día de nosotros mismos nos devuelve a nuestra vida nuevos, y estrenamos biografía, pasado, presente y futuro.

En definitiva, el encuentro con el Resucitado transforma nuestra vida, la transfigura, pero no nos saca fuera de ella. Nos salva desde dentro, no desde fuera de nosotros. El, que es Camino, Verdad y Vida, nos pone en camino hacia nuestra verdad más profunda para llenarla de vida.

Para la reflexión:

- En mi ambiente habitual, la gente con la que me he criado y he crecido, ¿comparten mi fe? ¿Me siento acogido, o extraño, incluso rechazado?
- Recuerdo, o escribo, los “hitos” de mi historia personal. ¿Qué “luces” y qué “sombras” descubro? ¿Hay algunos hechos, personas, experiencias... que quisiera borrar?
- ¿Qué hechos, personas, experiencias... han sido determinantes para mi encuentro con el Señor?

3. VOLVER A LA PROPIA COMUNIDAD PARROQUIAL

Jn 21,1-3a:

Jesús se apareció de nuevo a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Se apareció así: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos. Les dice Simón Pedro: “Voy a pescar”. Le responden: “Vamos contigo”.

En el epílogo del Evangelio de Juan, el cronista narra esta escena como si lo hiciera entre amigos que se conocen todos: estaba Simón Pedro, claro, y Tomás, el que tiene un mellizo, y Natanael el de Caná⁹, y cómo no, los Zebedeos... de todos ellos sabemos nombres, historias, dudas, aciertos y desaciertos, ternura y cobardía. Ellos son la comunidad de Jesús. Son como nosotros, como cualquiera de nosotros.

El Resucitado nos cita en nuestra comunidad parroquial, ésa es otra Galilea a la que volvemos. De lo cual se deduce que, si hemos de volver, es porque nos habíamos ido... Todos sabemos que ni siquiera hace falta ausentarnos físicamente para “irnos” de la comunidad.

En la vida de la comunidad parroquial diariamente hemos de descalzarnos, porque, como Moisés, pisamos tierra sagrada.¹⁰ Lo que no explica el libro del Éxodo es que esa tierra sagrada donde arde la zarza, como la propia zarza, quema y pincha. Y el ir descalzos, aunque lo hagamos libremente, nos hace vulnerables. Pero si nos calzamos y nos protegemos, nos arriesgamos a pisotear -esperemos que sin darnos cuenta- a quien convive y camina, con sus pies descalzos, a nuestro lado.

La comunidad parroquial es el lugar del encuentro con el Resucitado, porque antes ha sido, en muchas ocasiones, el lugar donde nos han herido, y donde hemos herido.

El lugar del conflicto¹¹, de los celos¹², de las disputas¹³.

⁹ Jn 1,46ss.

¹⁰ Ex 3, 1ss

¹¹ Mc 8,32; 13,12-13.

El lugar donde, tristemente, a veces nos traicionan, y donde traicionamos. Como Judas¹⁴. Como Pedro¹⁵.

Por eso nos hemos ido. Y por eso tenemos que volver.

Porque es el lugar donde Jesús nos espera, cada día, con un pez sobre las brasas, con un pan reciente, que es la Eucaristía. A donde regresamos cansados, a veces frustrados; pero donde escuchamos la voz amiga, familiar, que nos dice “venid, comed”.¹⁶

Y donde Alguien, SIEMPRE “después de haber comido”¹⁷, en presencia de nuestros hermanos, nos pregunta otra vez, tres veces, mil veces, llamándonos por nuestro nombre: “¿me amas?”.

Y su pregunta nos remite al amor primero, a la verdad última. Y a la luz de esa presencia, y a la escucha de esa voz, la comunidad parroquial se reconstruye cada día; renace de sus miserias, de su mezquindad y su cobardía, de su esterilidad y su pequeñez; y se reconoce en ese Alguien que le convoca, y le llama, y le devuelve su dignidad, su nombre, su vocación.¹⁸

Y esa comunidad parroquial nueva que nace de la experiencia pascual se convierte entonces en “testigo de la resurrección de Jesús ante el pueblo”.¹⁹

Para la reflexión:

- ¿Siento la comunidad parroquial como “casa y cosa de todos”, como “casa y cosa mía”? ¿Por qué?
- ¿Me he alejado alguna vez de la comunidad parroquial, ya sea físicamente o emocionalmente? Actualmente, ¿me siento acogido o me siento extraño en la comunidad parroquial?
- Pienso en tres cualidades y en tres defectos de mi comunidad parroquial.
- ¿Cómo participo en la Eucaristía? ¿Soy individualista o me siento comiendo junto con los otros y unidos en torno a Jesús?
- ¿Participo en las Asambleas parroquiales? ¿Por qué?

ACTUAR:

GALILEA DE LOS GENTILES

Mt 4,15-16:

País de Zabulón y país de Neftalí, camino del mar al otro lado del mar, Galilea de los gentiles. El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló.

¹² Mt 20,24.

¹³ Mc 9,33-34.

¹⁴ Mt 26,21.

¹⁵ id. 26,34.

¹⁶ Jn 21,14.

¹⁷ id. 21,15.

¹⁸ cf. Jn 21,15ss.

¹⁹ Hch 13,31.

Parece que este retiro debía haberse acabado en lo referente a la propia comunidad. Quizá sea así, y corramos un riesgo al dar otro paso. Los trípodes son las bases más estables. Añadir una cuarta pata al banco puede ser, como poco, desestabilizador. Lo cual, en la lógica del evangelio, es, en sí mismo, un motivo suficiente para hacerlo.

Separada de Judea por el territorio hostil de los “herejes” samaritanos, sometida a la influencia de la cultura griega, la población de Galilea era en tiempos de Jesús mayoritariamente judía, sí, pero vivían su identidad como podían... alejados del ámbito protector, y también legislador y controlador del Templo; celebrando su fe en las pequeñas sinagogas locales, con la obligación de “subir” a Jerusalén una vez al año...

Y cuando llega ese día, tras el largo camino, duro y peligroso; con la emoción de pisar los umbrales de la ciudad santa, la percepción clara del menosprecio de los buenos, los “judíos verdaderos”, los que pueden permitirse el comentario desdeñoso:

“¿También tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas.”²⁰

“De Galilea no salen profetas”. “¿Es que el Mesías va a venir de Galilea?”²¹

En Galilea habitan los que viven su fe como pueden, aun a riesgo de ser incomprendidos, incluso despreciados por ello. Los que aman a Dios, pero saben que nunca podrán cumplir, ni siquiera conocer, los 613 mandamientos de la ley -no la de Dios, no atribuyamos a Dios lo que no es suyo-. Los que ya han tirado la toalla, los que se quedaron en el camino, los que ni siquiera se atrevieron a emprenderlo.

Y entre ellos, precisamente entre ellos, es donde el Resucitado nos precede y nos espera.

Ir a Galilea es alejarnos del ámbito protector y seguro del Templo; de lo previsible, de lo legible. Lejos del Templo, los límites se difuminan, y quizá se nos pase por alto pagar el diezmo, quizá se nos pase por alto el puro “cumplimiento”, ocupados -ojalá- por practicar la justicia y el amor de Dios.²² Y allí, precisamente allí, es donde el Resucitado nos precede y nos espera.

Ir a Galilea es pues, paradójicamente, alejarse del Templo, -del Templo, no de la Iglesia- para acercarse a los que no se sienten cómodos, o acogidos, en él. A los que no encajan en el molde, a los que no dan la talla, a los que se han ido o les han echado. Llevando la paradoja al extremo, y para que no quepa la menor duda al respecto, el Evangelio nos dice que ha sido el mismo Dios el primero en abandonar ese Templo²³. El velo del santuario está rasgado, el sepulcro está vacío²⁴. Ha resucitado, y nos precede en Galilea...

«Hay que “volver a Galilea” para seguir sus pasos: hay que vivir curando a los que sufren, acogiendo a los excluidos, perdonando a los pecadores, defendiendo a las mujeres y bendiciendo a los niños; hay que hacer comidas abiertas a todos y entrar en las casas anunciando la paz; hay que contar parábolas sobre la bondad de Dios y denunciar toda religión que vaya contra la felicidad de las personas; hay que seguir anunciando que el reino de Dios está cerca. Con Jesús es posible un mundo diferente, más amable, más digno y justo. Hay esperanza para todos: “Volved a Galilea. Él irá delante de vosotros. Allí le veréis”». (José Antonio Pagola: *Jesús. Aproximación histórica*)

²⁰ Jn 7,53.

²¹ id. 7,41.

²² cf. Lc 11,42.

²³ Mc 15,38.

²⁴ Mt 28,7.

Sí, allí. Precisamente allí. “Quien tenga oídos, oiga lo que el espíritu dice a las iglesias”...²⁵

Cristo ha resucitado, y nos precede en Galilea. ¡Allí nos encontramos!

Para la reflexión:

- ¿Hay personas cercanas a mí o a mi comunidad parroquial que tienen una experiencia negativa de la Iglesia? ¿A qué creo que se debe? ¿Cuál es mi reacción ante ellas?
- ¿Hay personas alejadas, increyentes, o en situación “irregular” con las que yo o mi comunidad parroquial mantenemos una relación de cercanía y amistad? ¿A qué creo que se debe?
- ¿Cómo me siento en mi entorno vecinal, laboral, social...? ¿Me siento respetado, aceptado, incomprendido, rechazado...? ¿Me relaciono con gente mayoritariamente creyente o no creyente?

ORACIÓN FINAL

Señor, tu Resurrección inaugura la misión evangelizadora de tu Iglesia. Ésta es también tarea nuestra, desde el día de nuestro bautismo: anunciarte por todo el mundo.

Tú nos has confiado a nosotros el anuncio del Evangelio de salvación, porque sólo puestos en camino para proclamar tu resurrección es como podremos encontrarnos contigo.

Y debemos empezar por Galilea, esas “galileas” de nuestros tiempos, ahí donde la gente no conoce a Dios, donde la tierra de sombras y de muerte necesita la luz y la esperanza de una vida renovada.

Señor, Tú nos llamas y nos envías para que continuemos tu obra salvadora en el mundo. Danos la fuerza de tu Espíritu para responderte con fidelidad. Amén.

²⁵ Ap 2, 7.

RETIRO: “ID A GALILEA, ALLÍ ME VERÉIS” – Patricia Noya

"No tengáis miedo: id a comunicar a mis hermanos que vayan Galilea; allí me verán" (Mt 28, 10)

ID Y ANUNCIAD

Id y anunciad por el mundo
la buena nueva de Dios
y entenderéis lo que os quise decir,
que el Reino comienza aquí.

Y si os amáis de verdad,
y dais cobijo al más pobre,
quien podrá contra vosotros
y vuestras obras condene.

Sed luz que alumbra en lo alto,
sembrad la tierra de amor,
sed mensajeros que anuncien
la buena nueva de Dios.

Sed del mundo la sal,
del mundo la luz,
del mundo el amor.

*"Y les dijo: Id por todo el mundo
y proclamad la Buena Nueva a toda la creación."
Mc 16. 15*

VER:

- Si voy a ir a un sitio que conozco, ¿qué hago, cómo me preparo?, ¿cuáles son mis sentimientos previos?
- Y si voy a ir a un sitio que desconozco, ¿qué hago, cómo me preparo?, ¿cuáles son mis sentimientos previos?
- Y después de reflexionar acerca de esto, imaginemos que volvemos de ese viaje: ¿cómo me siento al “volver a casa”?

JUZGAR:

1. GALILEA: EL PRIMER AMOR

Hch 10, 37: Conocéis lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo, aunque la cosa empezó en Galilea.

- ¿Cuál es mi “Galilea” personal? ¿Cómo y cuándo conocí al Señor?
- ¿Qué recuerdo de aquellos tiempos?

2. VOLVER A LA PROPIA TIERRA

Mc 14, 70: Seguro que eres uno de ellos, pues eres galileo.

- En mi ambiente habitual, la gente con la que me he criado y he crecido, ¿comparten mi fe? ¿Me siento acogido, o extraño, incluso rechazado?
- Recuerdo, o escribo, los “hitos” de mi historia personal. ¿Qué “luces” y qué “sombras” descubro? ¿Hay algunos hechos, personas, experiencias... que quisiera borrar?
- ¿Qué hechos, personas, experiencias... han sido determinantes para mi encuentro con el Señor?

3. VOLVER A LA PROPIA COMUNIDAD PARROQUIAL

Jn 21,1-3a: Jesús se apareció de nuevo a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Se apareció así: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos. Les dice Simón Pedro: “Voy a pescar”. Le responden: “Vamos contigo”.

- ¿Siento la comunidad parroquial como “casa y cosa de todos”, como “casa y cosa mía”? ¿Por qué?
- ¿Me he alejado alguna vez de la comunidad parroquial, ya sea físicamente o emocionalmente? Actualmente, ¿me siento acogido o me siento extraño en la comunidad parroquial?
- Pienso en tres cualidades y en tres defectos de mi comunidad parroquial.
- ¿Cómo participo en la Eucaristía? ¿Soy individualista o me siento comiendo junto con los otros y unidos en torno a Jesús?
- ¿Participo en las Asambleas parroquiales? ¿Por qué?

ACTUAR:

GALILEA DE LOS GENTILES

Mt 4,15-16: País de Zabulón y país de Neftalí, camino del mar al otro lado del mar, Galilea de los gentiles. El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló.

- ¿Hay personas cercanas a mí o a mi comunidad parroquial que tienen una experiencia negativa de la Iglesia? ¿A qué creo que se debe? ¿Cuál es mi reacción ante ellas?
- ¿Hay personas alejadas, increyentes, o en situación “irregular” con las que yo o mi comunidad parroquial mantenemos una relación de cercanía y amistad? ¿A qué creo que se debe?
- ¿Cómo me siento en mi entorno vecinal, laboral, social...? ¿Me siento respetado, aceptado, incomprendido, rechazado...? ¿Me relaciono con gente mayoritariamente creyente o no creyente?

ORACIÓN FINAL

Señor, tu Resurrección inaugura la misión evangelizadora de tu Iglesia.
Ésta es también tarea nuestra, desde el día de nuestro bautismo:
anunciarte por todo el mundo.

Tú nos has confiado a nosotros el anuncio del Evangelio de salvación,
porque sólo puestos en camino para proclamar tu resurrección
es como podremos encontrarnos contigo.

Y debemos empezar por Galilea, esas “galileas” de nuestros tiempos,
ahí donde la gente no conoce a Dios,
donde la tierra de sombras y de muerte
necesita la luz y la esperanza de una vida renovada.

Señor, Tú nos llamas y nos envías para que
continuemos tu obra salvadora en el mundo.
Danos la fuerza de tu Espíritu para responderte con fidelidad.
Amén.